

MISCELANEA GRAMATICAL

Con el título anterior, iniciamos una Sección en el BOLETIN del Departamento, a fin de dar cabida a las opiniones que algunos autores tienen sobre aspectos de gran interés en la Gramática. Se insertan seguidamente los juicios de Rodolfo Lenz, Angel Rosenblat y Luis Quiroga T., sobre Los Términos "Atributo" y "Predicado", "La Pronunciación Labiodental de la V" y "La Enseñanza del Latín y del Griego", respectivamente

(N. de la R.)

Rodolfo Lenz

LOS TERMINOS "ATRIBUTO" Y "PREDICADO"

Es un inconveniente muy de notar el que ni siquiera las principales funciones gramaticales y lógicas de la proposición tengan nombres fijos y uniformes. Lo que se dice del sujeto de una proposición se llama en lógica *predicado*, y este término ha quedado vigente en las gramáticas alemanas e inglesas, sin excepción. En las francesas y castellanas el uso vacila entre las denominaciones *predicado* y *atributo*. La causa de esta función hay que buscarla en la antigua lógica, que analiza el predicado en la cópula (el *verbum substantivum esse*) y su atributo, que aparece como adjetivo o participio. Si el predicado está formado por un

LA PRONUCIACION LABIODENTAL DE LA "V"

verbo completo, éste se resuelve en cópula y participio: *Pierre vit, Pierre est vivant*; y este método absurdo y artificial se ha mantenido hasta hoy en gramáticas tan usadas como Brachet et Dussouchet, *Grammaire française complete* (París, Hachette, 1895), pág. 224 Pour l'analyse, on suppose que dans toute proposition il n' y a qu'un verbe, le verbe être, tantot exprimé, comme dans: *Pierre mange*, qu'on décompose ainsi: *Pierre est mangeant*.

Primitivamente la denominación *atributo* se refería únicamente al adjetivo del predicado, y también al adjetivo que acompaña (modifica) a un sustantivo: *el buen niño o el niño enfermo*. A consecuencia de la manera de analizar la proposición que acabamos de criticar, se dijo: sujeto, *Pedro*; atributo, dócil; lo cual era correcto. Pero más tarde, en vez de considerar el atributo como parte del predicado, se acostumbró decir simplemente: *es dócil* es el atributo, y de ahí se pasó a decir: la proposición *los árboles crecen* consta del sujeto *árboles* y del atributo *crecen*. Esta denominación fué, por desgracia, aceptada por Bello cuando, con razón, juzgó que no convenía mantener la confusión que reinaba entre ambas cosas en el lenguaje ordinario. Y como vió que se trataba de dos medios diversos para denotar una modificación del objeto que el sustantivo designa, se dijo: ¿No convendría que cada uno de ellos tenga su denominación?. Y aceptó el término sobrante *predicado* para designar al adjetivo predicado del verbo *ser*, es decir, para lo que antes se había llamado *atributo*. Con este procedimiento ya no era posible denominar convenientemente al adjetivo que acompaña al sustantivo, y éste es un grave inconveniente de la terminología de Bello.

Como en español el uso de los términos *predicado* y *atributo* no está bien fijado, y también en francés la denominación *prédicat* se usa todavía para el segundo elemento del juicio y de la proposición, mientras *attribut* se refiere al adjetivo, tanto en el predicado como al lado del sustantivo, creo que es necesario o imprescindible hacer cesar las ambigüedades y seguir, en oposición a la terminología de Bello, el uso antiguo de la lógica, que en inglés y alemán se han mantenido sin alteraciones en las gramáticas. Por consiguiente, analizaré la frase *el buen niño está enfermo*: sujeto, *el buen niño*; predicado, *está enfermo*, que se compone del verbo *está* y del atributo predicativo *enfermo*. En el sujeto, el adjetivo *buen* es también atributo del sustantivo.

De "La Oración y sus Partes".

Se oye a veces en el teatro, en la lectura cuidada, y aun en la conversación, una *v* labiodental como la del francés, italiano o inglés. Es también frecuente encontrar personas, sobre todo maestros, que digan que hay que pronunciar labiodental la *v*, para distinguirla de la *b*. Y hasta hay quienes se precian de hacer esa distinción frente a un presunto descuido general. Nos encontramos ante un caso de fetichismo de la letra que conviene dilucidar.

Antes de entrar en la cuestión, conviene aclarar un hecho que puede inducir a error. Fácilmente puede un oído profano percibir una diferencia entre la *b* de bien o también y la *v* de la vida, la vaca. Pero la misma diferencia observará entre la *b* de bien, también, y la *b* de había, habría, etc. O entre las dos *v* de vivir. Es decir, no hay una diferencia entre "la *b* de burro" y "la *v* de vaca", sino que la *b* y la *v*, iguales entre sí, se pronuncian de manera distinta según su posición en la frase y según los sonidos vecinos. Hay así en español dos clases de *b*, ambas bilabiales:

- 1) Una *b* cerrada. Los labios se juntan e interrumpen por completo la salida del aire (por eso se llama "oclusiva"). Al separarse los labios para dejar salir el aire sonoro, se oye la explosión de la *b*. Se pronuncia así la *b* inicial absoluta o la *b* después de nasal (porque la nasal es también cerrada): bien, también, ve, vaya, etc.
- 2) Una *b* abierta. Los labios se juntan, pero sin cerrarse por completo, sin interrumpir enteramente la salida del aire sonoro, que pasa entre los dos labios produciendo un leve frotamiento o fricción (por eso se llama "fricativa"). Se pronuncia en todos los otros casos: el burro, la vaca, yo vivo, había, árbol, advertir, etc.

Esas dos clases de *b* se perciben fácilmente con el oído, y se pueden comprobar y analizar con los recursos de la fonética experimental. Claro que en actitudes especialmente enfáticas se puede pronunciar oclusiva la *b* intervocálica (también la *v*), y en instantes de relajación o descuido también fricativa la *b* inicial y se necesitaría un oído bastante sensible para notarlo. Los extranjeros tropiezan continuamente con esa diferencia, que es una de las piedras de toque de la pronunciación española.

No hay *v* labiodental en español. Pero es frecuente que el hábito de pronunciar dos *b* distintas, asidero en muchos casos - en personas con conciencia fonética despierta - precisamente en la diferencia ortográfica. De ahí que los maestros pronuncien frecuentemente enviar, envidia, invierno, sinvergüenza, etc., con *b* cerrada, cuando no con *v* labiodental; mientras que el pueblo, que en esto acierta (*vox populi, vox Dei*), pronuncia enbiar, enbidia, inbierno, etc., como escribieron frecuentemente los clásicos, que atendían más a la pronunciación que a la etimología.

De "Fetichismo de la Letra".

Luis Quiroga Torrealba

LA ENSEÑANZA DEL LATIN Y DEL GRIEGO

- ¿A qué atribuye Usted la poca atención que se da en la educación media de Venezuela a la enseñanza del Latín y del Griego?

- Las dificultades que encierra la enseñanza del latín y del griego en nuestros Institutos de Educación, es problema del método y no de otra cosa. Pues no se trata de justificar la inclusión o no de estos Idiomas en los planes que corresponden a los llamados estudios humanísticos, si es precisamente en las lenguas clásicas en donde ha de tener justificación todo propósito que esté orientado hacia las humanidades: la exclusión de aquellas no permitiría ni siquiera remotamente la integración de éstas. Por eso las causas hay que señalarlas partiendo de otro criterio. Como decíamos, la dificultad está esencialmente en el método. La forma cómo se ha enseñado el latín en Venezuela ha llevado a desacreditar la asignatura de tal manera que no son pocos los que ya la consideran *innecesaria* dentro del plan de estudios. Las deficiencias provienen, por una parte, de la forma como se ha preparado el profesorado: primero, porque hasta el momento en que se creó el Instituto Pedagógico el profesor que se improvisaba para explicar latín era, entre todos los demás, el de condiciones más precarias en la poca o escasísima formación e información que hubiera podido alcanzar; y segundo, porque tanto el Instituto Pedagógico como la Universidad sólo desde recientemente han tratado de dar una orientación rigurosamente sistemática a los estudios del griego y del latín. Pero, por otra parte, aun

cuando con el estudio del latín se atiende, entre otros propósitos, a ejercitar la atención, la memoria y la inteligencia, la ejercitación se ha quedado sólo en la memoria para retener una traducción *mecanizada* al castellano, sin penetrar en el pensamiento y espíritu de los autores y sin desenvolver la escritura gramatical de la construcción latina que conduce justamente a ese juego armonioso del claro pensar y de la justa expresión en el dominio de la atención y del razonamiento.

Ello ha dado lugar a ese desajuste entre el método que se pretende seguir y la enseñanza que se quiere lograr. Todo aprendizaje tiene su fundamento en el interés que despierte en el educando: la enseñanza superficial no puede despertar interés por nada. Y eso ha ocurrido con el latín: memorizar trozos y repetir a la letra las *versiones*. Pero los puntos de contacto son muchos y en gran parte están en la propia lengua materna, en la historia, en el vocabulario y en su significación etimológica; en el aprendizaje de la ortografía; en el dominio de la expresión propia por el conocimiento de los aspectos morfológicos y de la estructura sintáctica; en los ejercicios de redacción que surjan de un análisis exhaustivo de los textos para encontrar la traducción más acabada y precisa; en el estudio comparado, en fin, de las dos lenguas (al menos en las etapas iniciales) que conduzca a una enseñanza técnica, científica y profunda, en oposición a la superficial, que ha sido siempre la que no ha interesado nunca a los alumnos.

De una respuesta del actual Jefe del Departamento de Castellano, Literatura y Latín, del INSTITUTO PEDAGOGICO, a una encuesta del diario "El Nacional".